

ERIDIANO

Cultural

Saque su foto del baúl

El retrato de Los Fantasmas

Marco A. De León Espitia

Hay quienes creen que la memoria de los viejos se diluye en la calina oscura de los recuerdos tristes. Fenece sepultada por el tiempo que aprovecha las ausencias definitivas para enseñarnos con ejemplos irrefutables a medir la pretensión de infinito que nos embriaga en la adolescencia y la juventud. Por un raro capricho de las cosas, casi indescifrable, a los viejos se les recuerda como viejos. Es precisamente esa imagen embalsamada por los años la que perdura y hace huella en la memoria de las historias de los pueblos. Pocas veces se recuerda la imagen joven de aquellos que tuvieron la fortuna de envejecer, y al morir, de vejez o de juventud, cuando no están, entonces los llaman fantasmas. Cuando acaban de irse y pretendemos que vuelvan, cuando se fueron hace mucho y nos da igual que se queden, cuando dejan de ser necesarios y están mejor en la distancia. Cuando el recuerdo de su nombre deja de repetirse en los que llegan y deben resignarse a la segunda muerte: el olvido.

De ella no escapan ni los muertos. También ellos están condenados a morir en la memoria del futuro. Pero un día, después de muchas muertes, el mágico poder de la imagen que detuvo el tiempo entre sus sombras conjura el olvido sin palabras. Los revive por un tiempo, para entregarlos a la resigna-



Hace unos días uno de ellos me pidió que reviviera a sus amigos por un día, que les diera una segunda oportunidad sobre la tierra. Querían existir, por un instante, en la memoria de quienes los suponen mejor en la distancia. Querían asomarse a su pasado feliz desde el otro lado del papel. Ellos fueron LOS FANTASMAS. Paláez, Rodríguez, Cervantes, Martínez, Ortiz, Díaz, Dickson, Cárdenas, Casas, Espitia, Rada (el Fantasma mascota), Berrío y Porto.

Imbatibles en el antiguo estadio de la Veintitrés. Su única derrota la tuvieron en la cancha "Montería Moderna" el 9 de abril de 1948 ante un equipo cartagenero en extra juego. Fue el mismo día en que Jorge Eliécer ingresó al equipo de Los Fantasmas. El incendio de las casas de la Avenida Primera y los gritos de la multitud enardecida interrumpieron el partido. La violenta arremetida de los ánimos agitados y las paciencias agotadas los sorprendió en el décimo episodio, cuando perdían 9 carreras por 8. Hay quienes dicen que

magia de sus actos precede y prevalece a la muerte. El de la fila agachada, segundo de izquierda a derecha fue joyero, tuvo el poder de someter al oro. Lo extendía en finísimos hilos prolongados, casi invisibles sin el entusiasmo. Luego tejía crucifijos, sortijas y mariposas que se enredaron en el cabello recio de una estirpe extinguida. Soplando entre sus manos encendía el fuego que doblegaba al oro y la plata para encontrarles la belleza. El tercero de la misma fila fue concejal, también gerente de un banco. Aún se opone fercamente al asedio de la ausencia invirtiendo el tiempo de sus días finales en el monólogo obsesivo del juego ciencia. En ocasiones le hace un jaque mate a los recuerdos tristes con un gambito de dama aceptado. Los Fantasmas vivieron. Tuvieron hijos, tiendas, zapatos, tristezas, rieron, lloraron. Hoy le pelean el partido a la segunda muerte. Tuvieron suerte. Escogimos la nobleza para vestir su recuerdo.

Si algún fantasma aún entre

El Retrato de los fantasmas

Marco Antonio De León Espítia

Hay quienes creen que la memoria de los viejos se diluye en la calina oscura de los recuerdos tristes, fenece sepultada por el tiempo que aprovecha las ausencias definitivas para enseñarnos con ejemplos irrefutables a medir la pretensión de infinito que nos embriaga en la adolescencia y la juventud. Por un raro capricho, casi indescifrable, a los viejos se les recuerda como viejos. Es esa imagen embalsamada por los años la que precisamente perdura y hace huella en la memoria de los pueblos. Pocas veces se recuerda la imagen joven de aquellos que tuvieron la fortuna de envejecer, y al morir, de vejez o de juventud, cuando no están, entonces los llaman fantasmas. Cuando acaban de irse y pretendemos que vuelvan, cuando se fueron hace mucho y nos da igual que se queden, cuando dejan de ser necesarios y están mejor en la distancia, cuando el recuerdo de su nombre deja de repetirse en los que llagan y deben resignarse a la segunda muerte: el olvido.

De ella no escapan ni los muertos. También ellos están condenados a morir en la memoria del futuro. Pero un día, después de muchas muertes, el mágico poder de la imagen que detuvo el tiempo entre sus sombras conjura el olvido sin palabras. Los revive por un tiempo para entregarlos a la resignación de sucesivas muertes.

Miente quien dice no haber visto a un fantasma o no haber tocado alguno, haber reído o llorado con él o haberlo soñado entre sus brazos.

Uno de ellos me pidió hace poco que reviviera a sus amigos por un día, que les diera una segunda oportunidad sobre la tierra. Querían existir, por un instante, en la memoria de quienes los suponen mejor en la distancia. Querían asomarse a su pasado feliz desde el otro lado del papel. Ellos fueron *LOS FANTASMAS*: Peláez, Rodríguez, Cervantes, Martínez, Ortiz, Díaz, Dickson, Cárdenas, Casas, Espítia, Rada (el fantasma mascota), Berrio y Porto. Imbatibles en el antiguo estadio de la 23. Su única derrota la tuvieron en la cancha "Montería Moderno" el 9 de Abril de 1948 ante un equipo Cartagenero en extra juego. Fue el mismo día en que Jorge Eliecer ingresó al equipo de *los fantasmas*. El incendio de las casas de la Avenida Primera y los gritos de la multitud enardecida interrumpieron el

partido. La violenta arremetida de los ánimos agitados y las paciencias agotadas los sorprendió en el decimo episodio cuando perdían nueve carreras por ocho. Hay quienes dicen que de no haber sido por el mal día de Jorge Eliecer, habrían ganado aquel partido definitivo.

Sin embargo, son más recordados por lo que hacían fuera de la cancha. En los fantasmas, la magia de sus actos precede y prevalece a la muerte. El de la fila agachada, segundo de izquierda a derecha fue joyero, tuvo el poder de someter el oro. Lo extendía en finísimos y prolongados hilos, casi invisibles sin el entusiasmo. Luego tejía crucifijos, sortijas y mariposas que se enredaron en el cabello recio de una estirpe extinguida. Soplando entre sus manos encendía el fuego que doblegaba el oro y la plata para encontrarles la belleza. El tercero de la misma fila fue concejal, también gerente de un banco. Aun se opone tercamente al asedio de la ausencia invirtiendo el tiempo de sus días finales en el monologo obsesivo del juego ciencia. En ocasiones le hace un jaque mate a los recuerdos tristes con un gambito de dama aceptado. Los fantasmas vivieron, tuvieron hijos, tiendas, zapatos, tristezas, rieron, lloraron. Hoy disputan el partido con la segunda muerte. Tuvieron suerte; escogimos la nobleza para vestir su recuerdo.

Si algún fantasma, aun entre nosotros, se reconoce en la foto del baúl, escribanos, háganos saber de su existencia. Gánele desde el montículo de sus recuerdos el partido al olvido.